

satisfacerse, sino para nuestro mayor merecimiento: Dios quiere que seamos afligidos para que adquiramos mayores méritos y seamos dignos de mayor gloria. Si á pesar de todos los medios que empleéis para salir de tal estado, todavía dura la aflicción, conoceréis que procede de Dios. Entonces habéis de decirle: «¿Queréis que os ame más que á toda mi vida espiritual? Pues yo también lo quiero, y me sepultaré vivo.» Esto es preciso si queremos unirnos con Dios. Dios quiere oro, no tierra ni liga. La unión de Dios con el hombre se hace en el fuego de la tribulación. Cuando Dios pone al alma en este camino, adquiere el alma una libertad interior increíble, libertad independiente de toda práctica, de todo estado particular. Su estado es su vida. Dios es quien la ha puesto en él: ¿quién la sacará de este estado?

Quizá digáis: ¿cómo es posible que nos privemos de toda acción, de toda iniciativa? Sí: éstos son los caminos de Dios en las almas á quienes escoge. ¿Acaso no las ama cuanto es posible amarlas? Contentaos, pues, con amaros á vosotros mismos como Dios nos ama, y ponedlo todo en sus manos.

Decid á Dios, con San Buenaventura: «Sé que me amáis más que lo que yo puedo amarme á mí mismo; no pensaré, pues, en mí, y os dejaré á Vos este cuidado: no quiero pensar sino en Vos.» *Scio quia plus quam ego me diligis. De me igitur non curabo, sed solum tuis deliciis inhaereb: et tu mei curam habeto.* (Stim. Am., p. II, cap. II.)



## LA GRACIA DE VIDA

*Ait illis (Jesus): Venite post me. At illi continuo, relictiis relictibus, secuti sunt eum.*

«Jesús dijo á Pedro y á Andrés: Seguidme. Y ellos dejaron al punto sus redes y le siguieron.»

(MATTH., IV, 9.)

### I

**E**STAS palabras encierran un gran misterio de la vida espiritual, y nos indican que en la vida espiritual hay dos suertes de gracias: una ordinaria y común á todos, que recibimos mediante los Sacramentos, la oración y los demás medios de salud. Esta gracia la tenían Pedro y Andrés cuando Jesús les llamó; estaban en la vía de la gracia ordinaria, hacían penitencia según había predicado San Juan Bautista, y cumplían la ley: esto les bastaba para obtener la salud.

Pero Nuestro Señor los llama especialmente. ¿Para qué? Para darles la gracia de la perfección, la gracia de la propia santificación. Todo el mundo puede salvarse, correspondiendo á la gracia que á todos en

general se da; pero no todos reciben esta gracia, especial de privilegio, que se concede sólo á las almas á quienes Jesucristo ama con un amor singular.

Para corresponder á esta gracia de perfección no basta cumplir la ley, pues esta gracia constituye la vida, la santidad del alma. No todos, repito, la reciben. Todos son llamados á la salud por la ley, pero solamente algunos son llamados á la perfección por el amor.

¡Dichosos los que poseen esta gracia verdaderamente soberana! Todas las almas verdaderamente piadosas puede decirse que la han recibido: á ellas les toca reconocerla y seguirla, y de la manera como corresponden á ella depende su progreso y perfección.

La siguiente comparación hará comprender más fácilmente esta doctrina. En la naturaleza los seres menos perfectos dependen de los más perfectos, y ciertos seres son complemento de otros: se unen á seres superiores, se alimentan de ellos y forman un todo con ellos.

Lo mismo sucede en el orden moral; la sociedad consiste en una jerarquía que consta de gobernantes y gobernados; hay en ella autoridad y obediencia, y sin ambas condiciones no puede existir la sociedad.

Pues así, en el orden natural, hay gracias soberanas, gracias accesorias y gracias complementarias. Las gracias soberanas bastan por sí solas para conducir á la perfección; todas las demás gracias reciben de ellas movimiento y vida: estas gracias son el sello, forman el carácter de una vida. Los Apóstoles recibieron la gracia soberana de seguir á Jesús por amor. Si no hubieran correspondido á esta gracia, quizá habrían podido salvarse, pero no habrían al-

canzado la perfección evangélica. Pero correspondieron á ella, y ésta fué la gracia de santidad que recibieron, la ley de su vida, la condición de su felicidad.

## II

La gracia soberana que recibe un alma produce en ella dos efectos: en primer lugar le traza la conducta interior que debe seguir, y además la conduce á una vocación especial.

Esta gracia, que supone muchas otras gracias, formará en ella el carácter de la piedad, de la virtud, de la vida; será la que dé impulso á todas sus obras, de suerte que el alma hará todas las cosas impulsada por un movimiento único.

Así, por ejemplo, el alma cuya gracia soberana sea un afecto dominante á la Pasión de Jesús, pensará habitualmente en los padecimientos de Jesucristo, y sus virtudes, su amor y su vida entera estarán inspirados en la Pasión del Salvador.

En la que haya recibido como gracia soberana la virtud de la penitencia, esta gracia formará su santidad; todo en ella se reducirá á penitencia; este alma vivirá de penitencia; todas sus virtudes tendrán carácter de penitencia y convergerán el foco de su vida.

¿Y por qué da Dios estas gracias? Por una razón divina. El espíritu humano es harto limitado para abrazar todas las virtudes en conjunto; no puede abarcarlas todas con una sola mirada; si todas ellas las mirase á la vez, su mirada sería muy violenta, carecería de sencillez y tendría mucho que padecer. El movimiento de la vida no sería único, no partiría

de un solo centro. Habría en ella líneas paralelas, no rasgos convergentes hacia un centro. Pero dándonos una gracia dominante, Dios quiere dar á nuestra perfección un carácter propio, y esta gracia simplifica nuestra vida y obras, pues abrevia el camino que debemos seguir.

A cada uno corresponde conocer su gracia dominante, y en esto consiste el trabajo interior; esta es la fidelidad á la gracia, de que depende toda la vida espiritual.

### III

La gracia mayor, la más excelente de todas las gracias, es aquella por la cual sentimos vivo deseo de recibir la sagrada Comunión. Considerada en sí misma esta gracia, excede en valor á la que nos mueve á considerar la Pasión de Jesús ó cualquier otro misterio, y á la gracia de desear el cielo ó de meditar en la eterna bienaventuranza. La razón es porque su objeto es más perfecto, más capaz para santificarnos y hacernos bienaventurados. En efecto; mediante esta gracia, Jesús está más próximo á nosotros que mediante la que se refiere á los otros misterios. La unión del alma con Jesús es más íntima, la llama de su amor nos cerca por todas partes; sólo nos toca á nosotros juntar nuestra débil llama con este foco para que arda con él.

La gracia de deseo del Santísimo Sacramento es la gracia de las gracias, pues da á la vida un carácter más perfecto. Nos traza un camino más fácil, que nos conduce á los otros misterios, y además les da vida y es la glorificación de todos ellos; encierra la

glorificación de todas las virtudes y de todas las perfecciones.

*Memoriam fecit mirabilium suorum.* En ella ha compendiado el Señor todas sus maravillas de gloria, de virtud y de santidad. La Eucaristía las encierra, pues, todas.

Esta gracia eucarística es muy común. En la piedad es más común que otras gracias, y entre las almas que se sienten llamadas á la perfección es mucho mayor el número de las llamadas por medio de la gracia eucarística, que el de las favorecidas con todas las demás gracias.

La razón es porque esta gracia es más fácil y está más á nuestro alcance: los medios de que se vale son más suaves y tienen mayor atractivo. Para dirigirse, por ejemplo, por medio de la meditación de la Pasión, es necesario que la hagáis revivir en vuestra alma mediante un poderoso acto de fe y con gran amor, pues es misterio ya pasado y lejano. La gracia de atractivo en orden á la Pasión, separada de la Eucaristía, es gracia de inmolación y de crucifixión.

Por el contrario, la gracia de atractivo á la Eucaristía es gracia de suavidad, de expansión de nuestro amor en Jesús, y claro es que más fácil es esta expansión que no la crucifixión. Desde la Eucaristía iréis al Calvario, á Nazareth, á Belén; pero estos misterios, separados de la Eucaristía, carecen de vida y de presencia actual.

## IV

Mas ¿cómo se hace este llamamiento tan poderoso que arrebató en pos de sí todo nuestro ser? Para responderos á esta pregunta os diría que miraréis lo que sucede en lo íntimo de vuestra alma, la cual es en cierto modo educada.

Cuando Jesucristo quiere otorgar á un alma la gracia soberana de la Eucaristía, empieza dándole una gracia de sentimiento; gracia que en los primeros momentos acaso apenas es notada. El sentimiento de alegría que produce en nuestra alma la presencia de Jesús el día de la primera Comunión, ha sido el primer atractivo. Sin que nosotros lo advirtamos, así como el germen se desarrolla insensiblemente debajo de tierra, así crece, merced á nuestra solicitud, este deseo, se aumenta en nosotros y llega á convertirse en una necesidad, en una aptitud, en un espíritu, en un instinto: todo nos conduce entonces á la Eucaristía, y en no recibiendo este Sacramento, nos faltan todas las cosas. El alma poseída de este deseo, dirige su piedad y todas sus virtudes al Santísimo Sacramento, y siente en sí la necesidad de oír Misa y de comulgar, de entrar en las iglesias y ver el tabernáculo, pues experimenta cierto impulso que la lleva en esta dirección. Mas ¿qué impulso es éste? Es la gracia soberana que ha recibido, la cual ha formado en ella cierta educación y ha llegado á ser madre de todas las demás gracias, principio y motor de todos sus actos. Cuando la oís decir que se siente poseída de devoción al Santísimo Sacramento, que sólo se halla bien en su divina presencia, que

esta devoción la practica naturalmente y sin esfuerzo alguno, entonces habla á impulsos de esta gracia soberana.

Esta gracia llega á convertirse en nuestro espíritu, imprime su ser en todos nuestros pensamientos, palabras y obras; todo lo que se refiere á la Eucaristía nos parece mas fácil y agradable, y lo hacemos más cordialmente.

Conviértese en un instinto, en una ley del corazón que influye sobre nuestra vida, que es nuestro guía, que nos conduce á la Eucaristía naturalmente, sin que nosotros lo pensemos.

El espíritu de familia no se para en discursos: lo hemos mamado con la leche, tenemos conocimiento de él por ciencia infusa. Pues así nos sucede en la gracia eucarística cuando es nuestra gracia dominante.

Cuando tenemos la dicha de poseer esta gracia, es necesario que por nuestra parte cooperemos con ella, uniendo á la misma gracia nuestra piedad y nuestras virtudes; que, mediante la oración y la contemplación, hagamos que esta fuerza obre y se desarrolle, y que la alimentemos con lecturas y oraciones. Para que una hoguera no se apague es necesario ponerle continuamente leña. Así vosotros, si queréis obtener el mayor aumento de vuestra gracia de vida, aumentad sin cesar su fuerza y seguidla siempre: es tentación del demonio inducirnos á olvidar y perder de vista, por cosas vanas, la gracia dominante que hemos recibido.

Sobre este punto afirmo, sin temor de ser desmentido, que todo el que recibe la sagrada Comunión varias veces á la semana, posee una gracia que le atrae á la Eucaristía, y que esta gracia es su gracia

soberana: la cual dirige á la Eucaristía todas las demás devociones, como hacia su madre y su reina, y las alimenta con la Eucaristía y les inspira el espíritu eucarístico.

Es necesario corresponder con gran fidelidad á esta gracia, porque si somos infieles á ella, que es la principal, infieles seremos á todas las demás.

Debemos ser también agradecidos; y si la gratitud ha de medirse por la grandeza del beneficio ¿cuál no será la que debemos á Jesús por semejante gracia?

Es además necesario que cooperemos con ella con solicitud constante y perseverante, y que nuestro corazón, nuestro espíritu y nuestra vida obren armónicamente bajo la influencia de esta gracia soberana.

La savia de los árboles en el corazón está, protegida por la madera y por la corteza: como es la vida del árbol, todas las partes de él están dispuestas para conservarla durante los fríos del invierno.

Pues así vuestra savia es la gracia soberana que habéis recibido, la que dará fecundidad á todas las ramas de vuestra vida: conservadla y guardadla cuidadosamente, como conserváis y defendéis vuestro propio corazón, como el alma que es de vuestra vida sobrenatural.



## LA VIDA DE JESÚS EN NOSOTROS

*Christus, vita vestra.*

Jesucristo, vuestra vida.

(Coloss., III, 4.)

**N**ECESARIO es que vivamos de la Eucaristía: la Eucaristía es amor, y sólo amor: es, pues, necesario que perfeccionemos en nosotros el amor, y que cada uno renueve constantemente su propio foco, á fin de que se inflame á sí mismo más y más. Es necesario que afirmemos en nosotros mismos el amor antes que intentemos comunicarlo fuera de nosotros con actos externos. Toda nuestra vida debe ser, ya que tan frecuentemente recibimos al Amor encarnado, desarrollo y difusión de este amor. El que no procure con diligencia perfeccionarlo en su corazón, jamás avanzará. Sed verdaderos discípulos de Cristo, y vivid de amor. El Espíritu Santo es quien ha puesto en vuestros corazones este espíritu de amor: es, pues, necesario que améis mucho, generosa y soberanamente.

Los dones de Dios son infinitamente varios; sin embargo, ciertas gracias se dan en muchas almas á

quienes quiere santificar por un mismo camino. De aquí nacen las sociedades religiosas, en las cuales se congregan las almas á quienes Dios concede el mismo género de gracias. Vosotros los que queréis santificaros por medio de la Eucaristía, debéis vivir de la misma vida interior y oculta que Jesucristo vive en el Santísimo Sacramento. La Eucaristía es el fruto del amor de Jesús, y el amor radica en el corazón. El mismo Jesús, para hacernos sentir esta verdad, se oculta á nuestros ojos: no percibimos su Cuerpo ni vemos su Sangre, porque en la Eucaristía no hay cosa alguna que se dirija á nuestros sentidos, pues Jesús quiere que vayamos en pos de su amor, que lleguemos á lo más profundo de su corazón.

En el Santísimo Sacramento practica Jesús las mismas virtudes que practicó durante su vida mortal, pero las practica de un modo invisible y del todo interior. Vive aquí en continua oración, contemplando sin cesar la gloria de su Padre y rogándole por nosotros, para enseñarnos que en la oración está el secreto de la vida interior, que es preciso que cuidemos de la raíz del árbol para que podamos aprovecharnos de sus frutos; que la vida exterior, tan estimada en el mundo sólo es estéril flor si no se alimenta de la caridad que la hace fecunda. Contemplad, pues, á Jesús si queréis producir frutos de buenas obras. Dolíanse los Apóstoles de no tener tiempo suficiente para hacer oraciones, y ordenaron diáconos que les ayudaran en su ministerio exterior. Jesucristo, durante su vida, se sustraía á las miradas de la multitud y se ocultaba para consagrarse á la oración y á la contemplación. ¿Hemos de desear nosotros vivir una vida puramente exte-

rior? ¿Somos por ventura más ricos en gracias, poseemos mayor fortaleza para hacer buenas obras que los Apóstoles? ¿Acaso no es para nosotros el ejemplo de Jesús? No: la piedad que no se alimenta de la oración, que no se recoge en su centro, en Jesucristo, para reparar sus fuerzas y renovar su vida, desfallece y acaba por morir.

En vano estudiarán los predicadores sus sermones: que si su palabra no se alimenta de la oración, palabra estéril será. De esta falta de vida de oración viene aquel dicho que suelen repetir los que van á oír el sermón: «Vamos á coger flores.» Pero al sermón no se debe ir por las flores, sino á buscar frutos de virtud y buenos propósitos. Estos frutos sólo maduran con la oración, y sólo con la oración podemos recogerlos. Rogad, pues, á Dios con fervientes súplicas por los ministros de la palabra de Dios; pero no pidáis para ellos más que una sola cosa: que sean varones de oración. La oración de una sola alma unida á Jesús que hace oración en el fondo del tabernáculo, puede salvar al mundo.

De Dios procede toda virtud, y sobre todo de la Eucaristía es de donde Jesús se complace en enviar á nuestras almas torrentes de gracia, mediante los ejemplos que en ella nos da. Pero estos ejemplos debemos nosotros verlos y contemplarlos, estudiarlos y entenderlos. ¿De dónde hemos de sacar mayor afecto á la humildad que de la sagrada Hostia? ¿Dónde hallaremos ejemplos más hermosos de silencio, de paciencia, de mansedumbre?

En el Santísimo Sacramento no practica Jesús exteriormente las grandes virtudes de que nos dió ejemplo durante su vida mortal: su sabiduría no se manifiesta en divinas sentencias; su poderío y su

gloria no parecen; su vida eucarística consiste en parecer pequeño, sencillo y pobre. Muéstranos solamente pobreza, mansedumbre y paciencia. ¡Y cuán delicada atención tiene para con nosotros así! En la vida son raras las ocasiones que se nos ofrecen de practicar virtudes heroicas, y á veces carecemos de valor para aprovecharnos de esas ocasiones. ¿Hemos de perder por eso la esperanza, y so pretexto de no poder hacer nada por Dios, dejar la senda de la piedad? Jesús nos da en la vida eucarística el remedio contra esta tentación, y nos enseña que la santidad se ejercita sobre todo en la vida ordinaria. Su humildad y su vida oculta nos enseñan que la vida más perfecta es la vida interior, formada de actos del corazón, de transportes de amor y de unión con las intenciones de Jesús. Dios ama con singular predilección á los humildes, á los que viven á sus pies bajo el influjo celestial de su corazón. Pero la vida de oración no excluye el celo por la salvación de las almas. El alma interior sabe trabajar y vivir recogida al mismo tiempo; obra á lo exterior de un modo interior, como Jesús, que se hace sentir en el corazón sin mostrarse exteriormente. El pecador que acude á Él en la oración, siente la dulzura de su corazón; entre Jesús y el alma se establece una corriente que nadie ve, se entabla un diálogo que nadie oye; nadie conoce la acción de Jesús en lo íntimo del alma, pero no por eso deja de ser verdadera. Sea, pues, nuestro celo á semejanza del de Jesús: oculto é interior.

No tengáis por perdidos los momentos que paséis postrados delante del altar: cuando el grano está enterrado en el surco, entonces se manifiesta su fecundidad: la comunicación del alma con Jesús en la

Eucaristía es la semilla de las virtudes. En nuestros días no faltan personas consagradas á toda suerte de obras de celo: son de todos alabadas, y á veces con exceso; pero vosotros pedid á Dios que lo íntimo del corazón de esos fieles guarde relación con el celo que exteriormente manifiestan, y que estas almas se alimenten de la oración.

Sean vuestras virtudes amables á los ojos del prójimo. Con este fin, procurad revestiros de la mansedumbre de Jesucristo: no hay cosa que más se haga querer que la sencillez sin pretensiones; la virtud que se oculta, que procede silenciosamente, es de todos bendecida; la paciencia que sale del corazón sin dar muestras de violencia, la caridad sincera y como natural, son los frutos de la vida oculta sustentada por la Eucaristía y por la contemplación de los ejemplos de la vida de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

